

Querida chica de rojo:

Hoy he vuelto a soñar contigo. Estabas en un campo de espliego que se extendía hasta el horizonte. El cielo presentaba un color naranja encendido. ¿Dónde están estos mundos que no puedo tocar? ¿Por qué estás siempre allí? Estabas de pie en medio del campo, vestida de rojo. Cuando llegué a tí, te esfumaste, dejando sólo una pluma roja. ¿Es un símbolo? ¿Qué tratas de decirme?

Hoy se cumple un aniversario de tres años. Hace tres años que Justín Enos desapareció del colegio. Dicen que desapareció, o se lo llevaron de su habitación, en plena noche. Nada indicaba que se tratara de un acto delictivo. No encontraron huellas digitales sospechosas. Tan sólo una habitación vacía. Hallaron unos palos de lacrosse apoyados contra las paredes, unas tazas de café volcadas y un trabajo de inglés sin terminar.

Tú tienes algo que ver en esto, ¿verdad? Ven a mí, chica de rojo. Ven a mí y dime tu nombre. ¿Eres real?

Debo estar junto a tí. Lo sé. Tú también lo sabes. La verdad está en tus ojos.

Rhode

1

1418, Hampstead, Inglaterra. El Páramo

—¡Genevieve Beaudonte! Tienes que estudiar las letras..., ¡esta noche! —Llamé a mi hermana, volviéndome hacia una hilera contigua en el manzanar. ¿Dónde se había metido?

Recogí la última cesta de manzanas justo en el momento en que estalló un trueno que hizo que se me erizara el vello de la nuca. Unos nubarrones se deslizaban a través del cielo en una danza continua, desplegándose y doblándose sobre sí mismos. Aspiré el olor de la tierra y de las manzanas que colgaban de los árboles sobre mi cabeza. Mi hermanita de tres años, que llevaba el vestido manchado, apareció de un salto ante mí. Su pelo corto y rizado estaba alborotado.

—¡Un trueno! ¿Lo has oído, Lenah? ¡Es lo que más me gusta!
—exclamó Genevieve.

La tomé de la mano cuando salimos del manzanar de mi padre y nos dirigimos a casa.

—Un tiempo ideal para estudiar las letras —dije.

—Pero ¿por qué? Me cuesta mucho —se quejó Genevieve cabizbaja.

—Algún día necesitarás saberlas —contesté, dándole un empujoncito para que caminara más deprisa.

Una imagen irrumpe en mi mente: *Empujo en plan de broma a mi mejor amigo, Tony, que da un traspié. Se vuelve hacia mí, sorprendido y riendo. Las imágenes se suceden como balas: aceras de hormigón; el humo que brota de las tazas de café; un colegio con una torre de piedra. Amigos.*

El menor movimiento me traía a la memoria los recuerdos de mi lugar favorito en el mundo moderno: el Internado de Wickham.

—¿Por qué? —preguntó Genevieve. Su voz me hizo regresar a la presente conversación—. ¿Por qué tengo que aprender a leer?

—Ya te lo he dicho, cuando seas mayor te lo explicaré. Pero de momento...

Tiré suavemente de la parte posterior de su vestido para obligarla a detenerse. Me agaché para mirarla a los ojos; eran del mismo color que los míos, un azul tormentoso. Genevieve tenía las pestañas más largas que nadie en la familia.

—De momento debemos mantenerlo en secreto. Ni siquiera deben saberlo mamá y papá.

—Cuéntame otra vez la historia esta noche. La de la doncella y su verdadero amor —murmuró mi hermana. Se refería a la historia de la reina vampira. La que yo le había relatado en la oscuridad. La historia de Rhode... y de mí.

—¿Es nuestro secreto? —pregunté.

Ella restregó su nariz contra la mía y yo lo interpreté como un «sí».

Me incorporé y echamos a andar hacia la casa que se divisaba a lo lejos. El humo que surgía de la chimenea se elevaba en unas volutas hacia el cielo. Genevieve se puso a jugar con una manzana lanzándola en el aire, y en el momento en que rebotó en la palma de su mano y cayó al suelo presentí algo que me produjo un impacto en la boca del estómago.

Me enderecé y retrocedí un paso, dejando que Genevieve echara a correr detrás de la manzana que rodaba por el suelo.

Se aproximaba *algo*.

Teníamos que huir.

Pero ¿lograríamos alcanzar la casa? Sentí que se me erizaba el vello de los brazos. Cuando una criatura sobrenatural penetra en el mundo humano, se produce un cambio en la energía y parece como si el aire crepitara.

Las manos me temblaban, de modo que apreté los puños y seguimos caminando hacia la casa. Hilera tras hilera, yo esperaba que algo o *alguien* se materializara en los espacios entre los árboles. Una mano asida a un tronco, seguida de un cuerpo, y que esa persona, quienquiera que fuera, quisiera lastimarnos. Quizás incluso matarnos.

Genevieve siguió brincando por el sendero.

—Adelántate, cariño —le dije—. Di a mamá y a papá que no tardaré en llegar.

Me temblaba la voz y confié en que mi hermana no reparara en ello.

—No. Quiero que vengas conmigo —replicó la niña, lanzando la manzana al aire una y otra vez. La dejaba caer, corría tras ella, la recogía y volvía a arrojarla al aire.

Sentí un cosquilleo en las yemas de los dedos. Deposité la cesta de manzanas suavemente en el suelo. Si este ser sobrenatural quería lastimarnos a mi hermana o a mí, yo tenía que tener ambas manos libres.

—Anda, ve —dije a Genevieve—. Me he olvidado de alguien..., quiero decir de algo —me apresuré a rectificar.

—De acuerdo —respondió ella de mala gana.

La parte posterior de su vestido se agitaba mientras avanzaba a brincos hacia la casa. Por fortuna, no se volvió para mirarme. Entró en la casa y observé durante unos instantes la puerta de madera que se cerró tras ella, por si se le ocurría volver a salir.

Cerré los ojos y aspiré el olor de la tierra fértil, la opresiva humedad y la lluvia inminente. Traté de calmarme respirando hondo. Sentí que se me ponía la piel de gallina en los brazos y el murmullo se intensificó, emitiendo pequeños chasquidos en el aire.

El ser estaba a mi espalda.

—Tres años —dije, dirigiéndome a la entidad desconocida—. Tres años hasta que por fin dejé de... —Me detuve, volviéndome— de mirar atrás para comprobar si alguien me seguía.

Pero no llegué a completar la palabra «seguía». Contuve el aliento. De repente se produjo un resplandor rojo, estalló un trueno y los cielos se abrieron. Me llevé las manos al pecho, aterrorizada, en el momento en que un cuerpo cayó de las copas de los árboles.

Suleen aterrizó en el suelo con un sonoro impacto. Corrí hacia él y caí de rodillas a su lado. Su túnica blanca estaba hecha jirones. Su cuello y sus brazos estaban cubiertos de mordiscos. Había sido atacado. No cabía la menor duda: tenía el cuerpo cubierto de docenas de diminutos orificios circulares.

Heridas causadas por un vampiro.

¿Qué clase de vampiro desangra a otro? ¿Y por qué? ¿Para obtener su sangre? Jamás había oído que ocurriera nada semejante. La sangre de un vampiro no sirve de nada a otro vampiro. La sangre debe proceder de un ser vivo. Es la muerte del humano lo que constituye el sacrificio mágico; la sangre mantiene la mente viva en un cuerpo muerto.

Ayudé a Suleen a tenderse boca arriba. El vampiro más viejo y más poderoso del mundo apoyó la cabeza en mi regazo,

—Justin es... —dijo, pero no terminó la frase.

¿Justin?

Apoyé las manos en los hombros de Suleen, manchándomelas con su sangre.

—¿Qué ibas a decirme de Justin? ¿Está...? —Tuve que respirar hondo antes de continuar—: ¿Está muerto?

Suleen entrecerró los ojos.

—La luz del sol... Es excesiva.

Me incorporé de rodillas para protegerlo de la luz que emanaba del cielo, confiando en que mi sombra bastara para resguardarlo.

—Ha estallado una revolución. Parte al amanecer y regresa. Debes detenerlo.

—¿Una revolución? ¿Detener a quién, Suleen? ¿A quién debo detener?

Me miró angustiado; parecía desesperado por hacerme comprender lo que decía. Un hilo rojo se deslizó por la comisura de su boca.

—Sigue siendo un vampiro —dijo con voz ronca.

—¿Justin? —La voz me temblaba—. Es imposible, Suleen. La misma Fuego me dijo que si yo regresaba aquí, al mundo medieval, la historia cambiaría. Mi pasado quedaría borrado.

—Los ha creado a partir de tu sangre —dijo él.

—¿A quién ha creado? Mírame, Suleen. —Esto no tenía sentido. Yo necesitaba más tiempo.

El viejo vampiro se desangraba con rapidez. Extendí el brazo, ofreciéndole mi muñeca. Si bebía mi sangre, sus heridas cicatrizarían al instante. Los daños que había sufrido eran demasiado graves para que el don que tenemos los vampiros de acelerar nuestra curación salvara su vida.

Suleen necesitaba mi ayuda y mi sangre.

—Bebe mi sangre. Hazlo —le ordené. Pero él me apartó el brazo con sus débiles dedos.

—Debes regresar —insistió, agarrándome el vestido—. Justin ha creado... —Se detuvo para hacer acopio de las escasas fuerzas que le quedaban para hablar—. Los ha creado a partir de... tu...

Emitió un ruido gutural y no capté el final de la frase. Sus ojos se abrieron desmesuradamente a medida que la sangre brotaba de los mordiscos que tenía en todo el cuerpo.

—Mata a Justin —me imploró.

—Por favor, Suleen. —Coloqué mi muñeca debajo de su nariz.

Pero él se negó a beber mi sangre.

Un rayo de luz cayó sobre las copas de los manzanos, se deslizó hasta el suelo del manzano y nos envolvió. Suleen alzó la barbilla hacia el sol que asomaba a través de las nubes. Yo no podía bloquear todo su cuerpo; los rayos de luz eran demasiado anchos. Él sonrió, débilmente. Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba lo suficiente para darme cuenta de que gozaba con el resplandor del sol.

De repente...

El vampiro más viejo que jamás había existido quedó reducido a cenizas.

El cuerpo de Suleen seguía entero, pero parecía una estatua de cenizas de color marfil.

—No —murmuré.

«Agitará sus arrugadas pestañas y me mirará con sus ojos castaños. Está bien. Ten paciencia».

La estatua de ceniza no se movió.

Alagué la mano con dedos temblorosos. Al tocarlo, su forma se disolvió en un montón de polvo. Reprimí una exclamación horrorizada y me senté sobre los talones.

¿Cómo era posible que alguien tan indestructible quedara reducido a cenizas en mis manos?

Me levanté y miré a mi alrededor. ¿Cómo había viajado Suleen a través del tiempo hasta 1418? La última vez que lo había visto, yo vivía en los tiempos modernos. Pese a su enorme poder como vampiro, Suleen no podía manipular el tiempo.

Escruté las sombras grisáceas que caían sobre el manzanar.

Fuego podía hacerlo. Podía viajar a través del tiempo.

Formaba parte de las Aeris, las cuales constituían uno de los cuatro elementos del mundo: los otros eran tierra, aire y agua. Ella me había permitido modificar mi pasado de vampira y regresar junto a mi familia y a la época medieval. ¿Qué había sucedido en mi ausencia?

Vi en mi mente los anchos hombros y la sonrisa deslumbrante de Justin. No tenía que haber seguido siendo un vampiro. Yo no quería pensar en su pelo rubio y su atractiva cadencia. Porque si era un vampiro, a estas alturas se habría endurecido y robotizado.

—¿Cómo es posible? —pregunté en voz alta, en medio del manzanar desierto. La última vez que había visto a Justin, Odette lo había transformado en un vampiro, pero se suponía que eso cambiaría cuando yo regresara al mundo medieval. ¿No era lo

que acababa de decirle a Suleen, que cuando yo regresara la realidad quedaría borrada?

Me froté los dedos y miré preocupada los restos del viejo vampiro.

Como humano, Justin era un joven temerario adicto a la adrenalina, pero nunca había sido violento. Era imposible que se hubiera convertido en un ser violento. Si había atacado a Suleen, era porque alguien influía en él, no, porque alguien le *incitaba* a comportarse como un ser peligroso. ¿Qué había dicho Suleen?

Tu sangre... Los ha creado a partir de tu sangre. La voz de Suleen resonaba en mi cabeza.

¿Qué era lo que Justin había creado con mi sangre? Más concretamente, ¿cómo había obtenido mi sangre si las Aeris habían modificado la historia?

En ese momento estalló un trueno que me sobresaltó, al tiempo que la primera gota de lluvia caía en la punta de mi nariz. ¡Otro retumbo!

Los cielos se abrieron.

—¡No! —grité, arañando la tierra antes de que se convirtiera en barro. No podía dejar que la lluvia se llevara las cenizas de Suleen; tenía que enterrarlas con el respeto que merecía. Llovía a cántaros, inundando el manzanar.

—¡Lenah! —me llamó Genevieve desde la ventana abierta de la casa.

¡No, ahora no!

Escarbé la tierra, haciendo un hoyo lo bastante profundo para enterrar en él las cenizas a varios palmos de la superficie. Mis nudillos chocaban con piedras y raíces.

Excavaba con una mano mientras movía las cenizas con la otra. Seguí excavando y depositando los restos plateados de Suleen en el hoyo. Por fin alcé mis doloridas manos del suelo. Los nudillos me sangraban, trazando unas líneas rosadas y acuosas sobre mis dedos. La tierra del manzanar se había introducido debajo de mis uñas, pero no me importaba. Las cenizas de Suleen

estaban a salvo, enterradas bajo la tierra húmeda, y eso era lo único que me importaba. Por los largos mechones de mi pelo pegados a la piel se deslizaban unos fríos chorritos de agua que caían sobre mi espalda.

Suleen no merecía morir. Su anciana sangre había brotado de su boca y de su cuerpo sobre mi ropa. Me había manchado mi vestido de trabajo.

—Ve... —Traté de pronunciar la familiar frase vampírica en voz alta. Quería desear que descansara en paz. ¿Por qué me costaba tanto despedirme de él? A fin de cuentas, Suleen me había enseñado a hacerlo hacía mucho tiempo.

La espalda me pesaba y me incliné hacia delante, apoyando la palma de la mano en la tierra empapada. «Esto no puede ser real. Suleen no ha desaparecido; es un truco».

Pero seguía lloviendo.

Tomé el borde de mi vestido y arranqué una delgada tira del empapado tejido. La tira colgaba de mi mano y me la até alrededor de la muñeca a modo de pulsera. La sangre de Suleen impregnaba mi piel, y aunque se secaría, yo llevaría este trozo de tela alrededor de mi muñeca hasta que se cayera. Hasta que eso sucediera, lloraría a Suleen y la vida que él había sacrificado.

—Ve en paz —dije por fin—. En la oscuridad y en la luz.

Saqué una pequeña daga del bolsillo de mi vestido y me encaminé hacia el extremo de la hilera del manzanar. Tomé una manzana de la cesta, que había depositado en el suelo, y regresé al lugar donde había enterrado las cenizas de Suleen.

Sostuve la manzana en la palma de mi mano, observando las líneas de lluvia que se deslizaban sobre la piel de la fruta. La partí por la mitad, creando un pentáculo. El corazón y las semillas formaban una estrella de cinco puntas perfecta, un símbolo de vida, el símbolo de los cuatro elementos, las Aeris. Permanecimos inmóviles bajo la lluvia, la estrella y yo, junto a las cenizas de mi difunto mentor.

Supuse que Fuego me había enviado a Suleen; era la única

forma en que él podía viajar a través del tiempo. Decidí dejarle este símbolo para que ella supiera que había recibido su mensaje. El pentáculo estaba orientado hacia el cielo, donde confié en que se hallara el espíritu de Suleen, suponiendo que tal lugar existiera. Suleen merecía silencio, paz y un lugar donde no existiera sed de sangre.

Me enjuagué la lluvia de los ojos con el dorso de la mano, me volví hacia el pequeño montículo de tierra húmeda y meneé la cabeza. «Es imposible», pensé de nuevo, pero sabía que era cierto. Conocía demasiado bien este tipo de muerte violenta.

La reina vampira, murmuró una voz en mi mente que juro que sonaba con desdén, como burlándose de mí. No soy una vampira. Ya no.

Cuando abrí la puerta de la casa, Genevieve se abrazó a mí.

—¡Cuánto has tardado! —exclamó.

La estreché entre mis brazos, gozando al sentir sus suaves dedos oprimiéndome.

Antes de cerrar la puerta a mi espalda, dirigí una última mirada al manzanar, al lugar del enterramiento, pero la manzana ya había desaparecido.

Genevieve yacía hecha un ovillo debajo de la manta. Esta noche, toda ella, cada fibra de la lana, le pertenecía. En lugar de disputarme un pedazo de manta, lo único que asomaba debajo de ésta eran sus diminutos y sucios pies. El mundo medieval no permitía el confort de numerosos dormitorios, al menos para mi familia, una familia de agricultores que vivíamos en el manzanar de un monasterio.

Besé a Genevieve en la cabeza y ella se movió debajo de las ropas de la cama.

—*Je t'aime!* —dije en francés, y me encaminé hacia la puerta.

La manzana era mi faro. Fuego no tardaría en presentarse. Llegaría al amanecer, tal como me había dicho Suleen.

Bajé la escalera de puntillas y me detuve frente a la pequeña ventana que daba al manzanar. No temía descifrar este misterio. Yo había sido la reina vampira, y tras la muerte de Suleen, al margen de lo que hubiera sucedido, estaba claro que era yo quien debía resolver el problema.

Pasé los dedos sobre la fría repisa de la ventana y bajé a la planta baja. Contemplé durante unos minutos la silla preferida de mi padre y el palo que mi hermana utilizaba a modo de caballo. A Genevieve le encantaba simular que cabalgaba a lomos de un caballo entre las hileras del manzanar, con sus rizos agitándose al viento y su risa resonando a través de los numerosos senderos. Me arrebujé en mi capa para conservar el calor de mi cuerpo y me volví hacia la escalera. Podía subir y acostarme, fingir que nada de esto había sucedido. Levantarme por la mañana y ocuparme de mis tareas cotidianas. Sacudí la cabeza, sabiendo que no podía hacerlo. No podía ni quería abandonar a Rhode, a Tracy y al resto de mis amigos del Internado de Wickham al tormento que padecerían. La casa crujía en la silenciosa mañana estival. Dentro de poco las tablas del suelo rechinarían bajo las familiares pisadas de mi padre.

La repisa de la chimenea de piedra estaba fría, porque el fuego que había ardido durante la noche se había apagado hacía mucho rato. El hogar de mi madre olía como ella, a espliego y a romero. Arranqué una ramita del manojó de flores secas de color púrpura que colgaba sobre la chimenea y la guardé en el bolsillo de mi capa. Cerré los ojos, aspirando el olor de mi hogar: a aire fresco, a madera y a diversas hierbas. Ninguno de los lugares que había conocido en mis numerosos viajes olía tan bien como este lugar especial.

—Volveré —murmuré a la casa—. Lo prometo.

Salí de la casa y me encaminé hacia los límites de nuestra finca, hacia el lugar donde, hace mucho tiempo, Rhode me había transformado en vampira. A lo lejos, el sol asomaba sobre el horizonte.

Me dirigí hacia la luz.

Mis pies aplastaban la delicada hierba matutina. El rocío cubría los troncos y las ramas de los árboles. Pasé junto al lugar donde había enterrado las cenizas de Suleen y volví la cabeza para no verlo. Él ya no regresaría jamás.

Seguí caminando, y cuando doblé el recodo, vi a Fuego en el extremo del sendero. Lucía una capa de color rojo tan vibrante como su cabellera. Me tendió la mano y me apresuré hacia ella. Cuando la alcancé, señaló el camino de tierra que discurría junto a un extremo de las hileras del manzanar.

—¿Debo seguir ese camino hasta Wickham? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza y echó a andar delante de mí. No era preciso que cambiáramos las frases de rigor. No era preciso que nos saludáramos. Fuego avanzaba a paso ligero, arrastrando su capa por el suelo. Ésta se mecía de un lado a otro, de forma que su color se confundía con la tierra, transformando el sendero que yo seguía en una brillante luz de color mandarina. Los árboles estaban cubiertos por un resplandor formado por amarillos y rojos. Todo, incluso los troncos y las hojas, estaban saturados de color. Mientras yo seguía avanzando, los colores adquirieron unas suaves tonalidades castañas y los colores naturales de la Tierra. Dejé atrás el manzanar y contemplé ante mí unos elevados sicomoros.

En el horizonte divisé un moderno edificio de ladrillo con grandes ventanales. Un edificio de ladrillo que me resultaba más que familiar.

—Sigue adelante —dijo Fuego.

El suelo bajo mis pies ya no era mullido ni estaba cubierto de tierra, sino que era duro y negro. Seguí a Fuego, que avanzaba flotando ante mí. Percibí el olor a hierba recién cortada y el olor inconfundible a gasolina. Tropecé con una raíz o algo duro. Me precipité hacia delante y extendí las manos para amortiguar la caída. Y aterricé en el campus del Internado de Wickham.

2

Hoy en día

Sacudí mis muñecas, que me dolían debido al impacto de la caída. Estaba a cuatro patas y hundí los dedos en la tierra. Había aterrizado justo dentro de los límites del bosque de Wickham. Frente a mí estaba el campus, a mi espalda la calle Mayor.

Lovers Bay, Massachusetts, era una población en Cape Cod. El olor de sal del océano era muy penetrante comparado con los olores a tierra de mi hogar. Los sonidos del campus reverberaban a mi alrededor. Risas estridentes mezcladas con los bocinazos de un vehículo de servicio cerca de donde me hallaba.

Un vehículo de servicio. Esto no existía en el siglo xv.

A pesar de la muerte de Suleen y del vacío que sentía en mi vientre, esboqué una media sonrisa. Estaba realmente aquí, en Wickham. A mi espalda un coche pasó a toda velocidad y me tapé los oídos con las manos. Al cabo de unos instantes pasó un coche patrulla con la sirena ululando y oprimí las manos con más fuerza sobre mis orejas. Me levanté apresuradamente, volviéndome hacia el muro de piedra que circundaba el campus. Las orejas me ardían cuando la sirena se alejó. La era moderna era tremendamente ruidosa.

Durante los tres años que había pasado en mi hogar, a mi regreso al mundo medieval, la banda sonora de mi vida se había compuesto de los cantos de los monjes y los susurros en que hablábamos mi hermana y yo debajo de las mantas de la cama.

La risa de Genevieve.

Tragué saliva. Este mundo se me antojaba vacío y metálico. A partir de ahora sólo oiría la risa de mi hermana en mi memoria, quizá durante el resto de mis días.

Me alisé mi vestido de trabajo para hacer algo con las manos, pero comprobé que ya no lucía una vestimenta medieval, sino un conjunto que yo habría elegido en el mundo moderno: un pantalón, una camiseta y unas botas de combate de color negro.

El atuendo de un soldado.

Miré mi muñeca. La tira de tela empapada con la sangre de Suleen seguía bien sujeta alrededor de ella.

Fuego se detuvo junto a mí.

—Somos invisibles para quienes nos rodean —dijo, entregándome la ramita de espliego que me había llevado de casa de mis padres; la tomé sin mirarla a sus ojos de color arándano.

—Bien... —repliqué después de guardarla en mi bolsillo—. Vamos allá. —Crucé los brazos y alcé el mentón.

—Comprendo que estés enfadada —respondió ella.

—Suleen ha muerto —comenté, señalándola con el dedo—. Nos castigaste a Rhode y a mí. Dijiste que no podíamos estar juntos, de modo que regresé. Me aseguraste que las personas que dejaba atrás estarían a salvo, Fuego.

Ella no respondió de inmediato. De acuerdo. Rhode y yo no podíamos estar juntos. Yo haría lo que Suleen y Fuego querían que hiciera y luego trataría de regresar al mundo medieval. Lo cierto era que, al margen de lo que había intentado hacer con anterioridad, me encontraba de nuevo aquí.

—Las cosas son distintas de lo que las Aeris habíamos supuesto —dijo Fuego.

¿Intuí cierta vacilación en su voz?

—Después de lo que ha sucedido en el mundo moderno, tú y Rhode sois libres de hacer lo que queráis —prosiguió—. Pero no es sencillo. Tal como me pediste, las Aeris devolvimos a Rhode su vida anterior; no conserva ninguna cicatriz de su antigua vida de vampiro. No tiene ningún recuerdo de su pasado.

—Rhode tenía diecinueve años cuando fue transformado en vampiro. ¿No les parecerá más mayor a sus alumnos? —pregunté.

—No envejecerá como lo hacen los seres humanos hasta que cumpla diecinueve años. Guarda numerosos recuerdos de Lovers Bay, recuerdos humanos.

—Debe saber lo que le ha ocurrido a Suleen, Fuego. Devuélvele la memoria.

—No puedo. Lo que he hecho contigo y con Rhode es... —Fuego se detuvo y sus ojos escarlatas se fijaron en los míos con tal intensidad que el temor hizo presa en mí. Sentí deseos de retroceder, pero me contuve—. ¿No ves lo que hemos hecho? —continuó—. Justin presenta un problema sin solución.

—¿Lo que *hemos* hecho? Me gustaría que alguien me dijera qué diablos ha ocurrido durante mi ausencia.

Fuego agachó la cabeza. No era humana, pero este gesto era un signo tan evidente de fracaso que la miré pasmada. Fuego no podía entrometerse en los asuntos de vampiros. Las Aeris sólo eran responsables de los cuatro elementos y de mantener el equilibrio de los organismos vivos. Hiciera lo que hiciera, jamás sería humana.

—Si no matas a Justin —dijo con calma—, alguien que no te estima como yo ocupará mi lugar. Alguien que anulará este decreto y os separará de nuevo a ti y a Rhode.

Contuve el aliento, impresionada por la alarmante jerarquía del universo. Fuego estaba en apuros porque había fracasado en lo que se había propuesto hacer.

—¿Es posible que alguien te sustituya? —pregunté, bajito.

Ella no respondió, sino que apoyó en mi hombro una mano ligera como una pluma.

—Un momento, un momento —dije, tratando de descifrarlo en mi mente. Fuego había dicho que la sustituiría alguien que nos mantendría a Rhode y a mí separados. Lo cual significaba que antes tendríamos que estar juntos.

—¿De modo que Rhode y yo... no tenemos que seguir separados?
Fuego asintió con la cabeza.

Sentí deseos de ponerme a saltar y brincar. De echar a correr en ese instante a través del campus para ir a reunirme con él. Y de apoyarme en el árbol más cercano porque respiraba con dificultad. Expulsé aire con fuerza para tranquilizarme.

Fuego dudó unos momentos antes de hablar, y observé una expresión de lástima en sus ojos cuando dijo:

—No te hagas muchas ilusiones. No creo que Rhode recuerde nunca su pasado.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría. «Piensa como un soldado, Lenah». Toqué el trapo ensangrentado que llevaba atado a la muñeca.

—Rhode necesitará que lo proteja de Justin —dije.

Sonaba raro decir eso en voz alta.

—¿Qué es lo que sabemos? —añadí, yendo al meollo del asunto.

—Justin es el rey del mundo vampírico. Ha establecido una alianza con los Seres Huecos.

Enderecé la espalda. Si me sentía tensa y fuerte, podría comprender qué estaba pensando. Podría trazar un plan. No concebía un escenario en el que Justin fuera más poderoso que Suleen. O en el que estuviera conchabado con los Seres Huecos, vampiros que habían renunciado a su capacidad de amar a cambio de poder y conocimientos, convirtiéndose en mutantes del mundo sobrenatural. En demonios.

—¿Por qué sigue siendo un vampiro? Sé que no puedes entrometerte en los asuntos de vampiros, Fuego, pero me prometiste que el mundo cambiaría.

—Existen ciertas circunstancias que escapan al control de las Aeris.

La ira se apoderó de nuevo de mí.

—Eres un ser todopoderoso. Puedes manipular el tiempo.

—Me detuve y meneé la cabeza—. Olvídalo. Por más que grite y proteste, no cambiará nada. Dime qué debo hacer.

Fuego se llevó las manos al cuello y se quitó un collar. Era una sencilla cadena de oro con un colgante en forma de lágrima de color rojo. Se deslizó flotando a través del aire hacia mí y cayó en la palma de mi mano. Cerré el puño alrededor de la delicada joya. Emanaba un calor sobrenatural, como si en su interior ardiera un pequeño fuego.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El único poder que me queda para ofrecerte: el poder de la llama. Sólo puedes utilizarlo una vez. Si arrojas este collar contra tu adversario, creará una conflagración tan monstruosa que aniquilará a quienes pretendan lastimarte. Es fuego. Ni más, ni menos —dijo la Aeris, articulando cada palabra con claridad—. Utilízalo sólo cuando sea imprescindible —me advirtió.

La pequeña esfera comenzó a relucir como para subrayar las palabras de Fuego.

—No te costará ningún esfuerzo adaptarte a tu vida en Wickham. Para sus ocupantes, eres una nueva estudiante que se incorpora al último curso.

Cerré la mano alrededor de la cálida joya.

—¿Qué habría ocurrido si me hubiera negado a cumplir esta misión?

Fuego hizo una pausa antes de responder.

—Yo temería por el orden natural del mundo.

Me estremecí. Sea lo que fuere que había sucedido para que Justin siguiera siendo un vampiro, había alterado el equilibrio natural del mundo. Debía de ser algo catastrófico para que Fuego y Suleen hubieran decidido hacerme regresar.

—Antes quiero que me digas una cosa —dije—. ¿Mis amigos no me recordarán?

—Esta vez no tardarán en hacerlo. El alma siempre recuerda a los seres que ha estimado.

La luz que emanaba Fuego pasó del rojo vivo al naranja.

El collar que sostenía en la palma de mi mano comenzó a girar al tiempo que emitía unos destellos. Yo deseaba que me explicara

por qué habíamos fracasado la primera vez, pero sólo se me ocurrió preguntarle:

—¿Y si te necesito?

Pero antes de que pudiera terminar la frase, la luz anaranjada que emanaba Fuego adquirió una tonalidad amarilla y, en un abrir y cerrar de ojos, la Aeris se esfumó.

Me colgué el collar alrededor del cuello, pero cuando lo toqué para asegurarme de que me lo había colocado bien, comprobé que el broche había desaparecido.

Me volví hacia el campus. Bastaba con que avanzara unos pasos para tomar el sendero de Wickham. Ignoraba lo que me aguardaba, pero sabía que tenía que abandonar este bosque para iniciar mi periplo.

Con su muerte, Suleen me lo había dicho todo en el manzano. Me había hecho regresar a Wickham para completar una misión que él no podía llevar a cabo.

Matar a Justin.

Me acerqué con cautela a los límites del bosque. Los estudiantes hablaban a través de sus teléfonos móviles y entraban en sus residencias estudiantiles cargados con cajas. Sus padres observaban junto a sus coches de lujo, pasándoles edredones y mini-frigoríficos. Fuego me había enviado de regreso al Internado de Wickham el día en que los estudiantes se instalaban en el colegio para que yo comenzara el curso con el resto del alumnado. Los guardias de seguridad patrullaban los senderos, y una voluminosa furgoneta de comida se detuvo delante del centro estudiantil.

¡Comida! ¡Cielo santo! Gloriosa y succulenta comida, miles de variados productos comestibles que podía comprar a toneladas. Ya no tendría que preparármela yo, ni soñar con café. Aquí tenían un café que estaba listo en cuestión de segundos. ¡Ah, cuánto había echado de menos el mundo moderno!

Nada parecía haber cambiado en los tres últimos años. Al menos, a primera vista. El hecho de contemplar y oír los últimos modelos de teléfonos móviles me entretuvo durante unos momentos.

Una chica atravesó la verja vestida con unos ajustados vaqueros y unas botas por encima de las rodillas. «¡Si mi madre la viera! —pensé—. Creería que era la encarnación del diablo, intrigada por cómo había conseguido que el cuero adquiriera ese color». ¡Y qué decir del extraño color de su piel!

Dejé atrás el bosque y me dirigí hacia el césped que se extendía desde la biblioteca hasta el patio principal.

El Internado de Wickham.

Esas cuatro palabras no habían dejado de resonar en mi mente durante los tres últimos años. Como un soneto. O como el nombre de una persona a la que yo quería mucho.

Me llevé la mano al cuello y toqué la gema que pendía de la cadena.

Utilízala sólo cuando sea imprescindible.

Tenía que dar con Rhode.

La necesidad de verlo pulsaba a través de mi cuerpo junto con una sensación de temor. Este mundo no funcionaba según un decreto de las Aeris, pero al mismo tiempo era un mundo en el que Rhode no guardaba ningún recuerdo de mí.

«Céntrate, Lenah. De acuerdo. ¿Qué harás en primer lugar?» Cerca del centro estudiantil habían instalado una mesa de bienvenida decorada con globos de color dorado y púrpura, los colores de Wickham. Perfecto. Iría a averiguar qué habitación me habían asignado y a recoger el horario de clases.

El horario de clases. Era absurdo. Pero no tenía más remedio que asistir a ellas. Sobre todo si pretendía hacerme pasar por una estudiante de Wickham. Solté un bufido y en el preciso momento en que avancé un paso hacia el sendero un chico chocó conmigo. Llevaba una gorra de béisbol al revés y levantó la vista de unos dibujos que sostenía en las manos.

—Lo siento —se disculpó—. No te he visto.

Me quedé helada.

Unos ojos rasgados, unos marcados pómulos.

Un rostro bellísimo.

Retrocedí, llevándome la mano al pecho.

Tony Sasaki me miró asombrado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Estaba conmocionada por la sensación de sorpresa, alegría y felicidad que me embargaba.

¡Tony estaba vivo! ¡Vivito y coleando! Avancé un paso hacia él y apoyé una mano en su pecho. Él se tensó.

Tenía la piel tibia.

—¿Qué haces...? —preguntó.

Se me escapó una breve carcajada y retrocedí un paso, dejando caer la mano. Me tapé la boca con la palma y reprimí las lágrimas que afloraban a mis ojos.

—Parece como si fueras a vomitar —comentó Tony.

—Tú —musité.

—¿Yo...?

Me arrojé a su cuello, abrazándolo, deseando estrechar su fornido cuerpo con todas mis fuerzas. Él me dio un par de palmaditas en la espalda.

—Hola, Chalada... —dijo.

Le di otro achuchón. Estaba aquí. Estaba vivo.

Por fin me aparté y me disculpé:

—Lo siento.

—Es el saludo más raro que he recibido en mi vida —respondió él.

Se detuvo, observándome unos momentos con gesto serio.

—Debo de padecer amnesia porque no recuerdo haberte conocido —dijo—. ¿Nos conocemos?

—No. No nos conocemos. Es decir, aún no. Me llamo Lenah —contesté, abochornada.

—¡Ah! —exclamó Tony. Daba la impresión de que me había

reconocido, lo cual me chocó. Luego me señaló con la mano en la que sostenía los papeles y añadió—: Eres la chica nueva.

—¿La chica nueva?

—Mi amiga me dijo que iba a compartir el cuarto con una estudiante nueva del programa de intercambio. Te ayudaré a trasladar tus cosas —propuso, como si se sintiera aliviado de ocuparse de esa tarea—. Caray, esto pesa una tonelada.

Me volví. ¿A qué se refería?

Junto a mis pies había un baúl de color rojo. Era la primera vez que lo veía. Me pregunté qué otros objetos «rojos» empezarían a aparecer.

—De modo que tú eres Tony.

—¿Por qué no me sorprende que conozcas mi nombre, chica misteriosa? —preguntó.

Tony me entregó sus dibujos y cogió mi baúl.

—Son muy buenos —comenté. Esperaba ver unos retratos, que era lo que él solía pintar. Pero éstos eran unos dibujos del cielo nocturno realizados con diversos tipos de pintura: acrílica, pastel, acuarelas. Mostraban unas constelaciones increíbles: la Osa Mayor, Casiopea y Pegaso. Ésa era mi favorita. Tony había plasmado el cielo de color azul oscuro, y la constelación del caballo con gruesas pinceladas blancas—. Estos dibujos me encantan —añadí—: Tienes mucho talento.

—Qué va —respondió con fingida modestia.

Me indicó los lugares a los que tenía que acudir para ultimar los trámites de mi ingreso en el colegio. Lo cual significaba que antes o después tendría que pasar por Hopper para obtener la llave de mi habitación. Cuando nos aproximamos al edificio que me resultaba tan familiar, me abstuve de mirar la imponente torre de piedra donde, en una vida distinta, Tony había encontrado la muerte. En lugar de ello, mantuve los ojos fijos en su rostro, iluminado por el sol.

—¿Siempre te arrojas al cuello de personas que no conoces de nada? —me preguntó Tony.

Yo me reí.

—Creo que sólo lo he hecho contigo —respondí, abriendo la puerta de entrada.

Asombrada al contemplar nuestra imagen reflejada, mantuve los ojos fijos en la puerta de cristal. Tony y yo entramos en el edificio.